

# ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

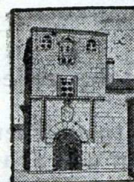
## Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

## SUMARIO

Escritores perdidos: Marcos Suárez Murillo.....	3	<i>Enrique Segura.</i>
Ideario Extremeño.....	18	<i>Fray Juan de los Angeles.</i>
Nuestros clásicos: La Maya.....	19	<i>Antonio Hurtado.</i>
Oleos y acuarelas.....	21	<i>Jacinto Martín Pájaro.</i>
Salterio Marial.....	23	<i>José Canal.</i>
Cenizas de Santos en la Catedral de Coria: El P. Jerónimo Abarreategui Figueroa.....	29	<i>Jesús San Pedro.</i>
Guardador de la fuente.....	31	<i>Edgardo Ubaldo Genta.</i>
Soneto.....	32	<i>Arturo Benet.</i>
Recuerdos: Romancillo del Infante muerto.....	33	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Cañilleros y de San Miguel.</i>
«Ece Ancilla Dómini»: Dulce es tu nombre, María.....	35	<i>Eladia Montesino.</i>
Homenaje que la revista «Alcántara» rinde a la memoria de nuestros ilustres conterráneos, don Luis Grande Baudesson y don Diego María Crehuet del Amo.....	37	<i>Valeriano Gutiérrez Macías, Luis Grande Baudesson, Ildelfonso Alamillo y Diego M.<sup>a</sup> Crehuet.</i>
Crítica sin hiel.....	93	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Carta abierta.....	96	<i>Nicolás Dimitrescu y Arón Cotrus.</i>
Mirador: Crónica.....	97	<i>Curio O'Xillo.</i>
Premio de Biografía «Aedos» 1956.....	100	<i>«Omar el Zegri»</i>
Recensiones.....	101	<i>Equis.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera.....	107	<i>José Canal.</i>
Certámenes: X Fiesta de la Vendimia Jerezana, 1956. Concurso literario.....	108	<i>Nuestros artistas: «Calle de Villalobos, de Cáceres», «Calle de Urgel» y «Bodegón», por José Ant<sup>o</sup> Navarro, fotos Mas, Javier, Chavarino, Olivenza y Alvarez.</i>
Bibliografía.....	108	
Noticia de Revistas.....	109	
Láminas.....		



# ALCANTARA



AÑO XII

ENERO-FEBRERO-MARZO

NUMS. 99-100-101

## ESCRITORES PERDIDOS

MARCOS SUAREZ MURILLO

### REFLEXIONES

¿POR QUÉ no emprendemos un estudio referente a figuras literarias de primera magnitud? Sin duda por falta de materiales y de competencia. Los astros más luminosos, como Homero, Cervantes, Goethe o Shakespeare, tienen magníficos estudios de críticos y biógrafos de fama mundial. Sobre ellos, tal vez, se hayan prodigado los escritos. Nos referimos a ciertos trabajos, de dudoso mérito, en los que sus autores desbordan sus entusiasmos «mal reprimidos» hacia el escritor genial, colgándole multitud de méritos extraños, y hasta cabalísticos, o descubriendo en sus obras misterios ocultos e inexistentes con hipérbolos fuera de razón. Excesiva abundancia.

En cambio hay valores escondidos, que por circunstancias de la vida truncan sus tareas literarias, y yacen en las páginas de revistas o diarios olvidados. Cuantos declinamos en la vida, sin sobresaltos, a gusto en el nidal donde empollamos nuestras crías, lejos de la Corte, nos atraen estas personas de valía metidas en sus lares, viviendo del recuerdo de sus años juveniles, cuando producían en su telar soñando con la gloria, y desaparecieron de la plaza literaria por diversos azares.

Existe también una multitud anónima, diseminada, apasionada por las bellas artes. Son aficionados a estas manifestaciones del espíritu que, dedicados por necesidad a tareas obligatorias o por otras circunstancias cualesquiera, no pudieron desarrollar su vocación. ¡Cuántos sueños! ¡Cuántas ilusiones rotas! Hacia estos hermanos hemos sentido siempre una íntima, una intensa predilección. Pero éste no es el caso de Marcos Suárez Murillo, porque en sus pocos años de actividades literarias realizó una obra de valía que merece nuestra admiración. También Rimbaud pasó como un meteoro por la poesía, para convertirse luego en un traficante y dejó una estela en la literatura francesa cada día más acentuada. A la pregunta cap-

ciosa con que iniciamos estas líneas, contestamos con tales reflexiones.

También se comentaba, como un defecto, nuestro prurito en traer siempre a colación semblanzas de escritores y artistas, sin que apareciésemos nosotros en la palestra. Es cierto. En la realización de los trabajos elegimos con frecuencia los que concuerdan con nuestro modo de ser; los elaboramos con más deseos y nos parecen que agradan más. Las biografías pasaron al primer plano y llegaron a desbordarse por los campos literarios en forma de aluvión.

Todavía conservamos prestancia, muy a fin con nuestro temperamento de escritor. Si la novela refleja una aparente autonomía, como señalaba Flaubert y es un género objetivo, no deja de vivir en ella el autor en forma de personaje o de primera persona que predica. Ni en el teatro se deja de ver al creador pegado a las candilejas. Las mismas biografías procuran adaptarse fielmente al modelo; pero hállanse impregnadas de la intuición y pensamientos del que las escribe. En las biografías de *Stefan Zweig* o *André Maurois* al lado de los personajes que estudian, están siempre ellos.

Don Marcos Suárez Murillo, en aquellos años de nuestra juventud feliz, de entusiasmo intelectual, colectivo, en la pequeña ciudad, de amor hacia las bellas artes, cuando sonaba ya su nombre como una valiosa realidad en toda Extremadura, con el prestigio literario de sus trabajos, de su obra de investigación, cual la monografía de Almendralejo, de improviso cortó de raíz su labor literaria, desapareció su nombre de revistas y diarios, y huyó de la capital para encerrarse en la casa de su pueblo. Aun octogenario continúa allí en un terrible silencio. Terrible para las letras y el acrecentamiento de la cultura tan precisa en la región.

Queremos despertar ahora la figura humana de este sacerdote ejemplarísimo que, en los comienzos de este siglo, colaboraba con nosotros en «El Noticiero Extremeño», cuando lo dirigía López Prudencio. Nuestros antiguos amigos recordarán, sin duda, los trabajos literarios de Marcos Suárez Murillo que en palabras de Manzano Garía, párroco de Los Santos, amigo suyo, investigador y literato, nos dice que «colgó su bien cortada pluma y se encerró en su casa de Almendralejo, renunciando incluso los eventuales puestos eclesiásticos a los que seguramente hubiese ascendido con gran facilidad. De una cultura selecta y de un gusto literario muy depurado; un fino catador».

¿Cuál fué la causa de este silencio? Las decisiones inexplicables de los ministros de la Iglesia, que sorprenden a los profanos, quedan casi siempre en secreto. Ignoramos cual fuera el motivo verdadero que pudo influir en esta actitud. No se pueden hacer conjeturas sobre sucesos cuyas causas desconocemos. Pero sean cuales fueran sus íntimas razones para cortar esta comunicación literaria con sus lectores procurando ofrecerles momentos de complacencia espiritual, el hecho, como decimos, constituyó una desgracia cultural en Extremadura.

De la ciudad de Almendralejo surgieron hacia el año ochenta del

pasado siglo tres figuras prestigiosas de la diócesis de Badajoz. Los canónigos don Enrique Triviño y don Enrique Vázquez Camarasa, oradores sagrados ambos y don Marcos Suárez Murillo.

No recuerdo si por entonces hablé alguna vez con él, ni tengo en la memoria su figura personal. Aún vive, octogenario; pero no quisiera conocer su aspecto humano, como él mismo dice refiriéndose al pintor Covarsí. «No quería conocerlo personalmente. Quiero que siga dentro de mí como una de esas pocas idealidades que hacen amable la vida y nos la hacen más llevadera». Lo mismo digo yo respecto a Suárez Murillo.

Gracias a un reducido epistolario suyo, dirigido al poeta Monterrey, conocemos algunos datos corporales, muy pocos, y otros de su carácter excesivamente retraído. Estas cartas reflejan su modo de ser humilde y sencillo. Cuando Monterrey le incita a que escriba semblanzas de artistas y escritores extremeños, responde con una negativa y pone un ejemplo sobre sí mismo: «De mí no puede decirse más que nací en Almendralejo, que cursé la carrera en San Antón, que tuve modestos cargos eclesiásticos y que colaboré con asiduidad durante algunos años en «El Noticiero Extremeño» con unas crónicas literarias que gustaban a algunos lectores. Y nada más. Pasar de ahí hinchando el perro ni a mí me convendría ni a usted tampoco».

Por entonces Monterrey perfilaba sus «Medallones», donde aparecieron sonetos con semblanzas de escritores. Marcos Suárez Murillo insistía en que no publicase el suyo, y, como el poeta le recomendase la lectura de una obra interesante, le respondía: «Yo soy un cura pobre y un pobre cura y no tengo el bolsillo a la altura del corazón. Así es que puedo dedicar poco a los libros».

Hace poco escribí a Suárez Murillo pidiéndole relación de los artículos que publicó en «El Noticiero Extremeño» y de cuantos trabajos literarios hubiese dado a la estampa, decidido como estaba yo a desempolvar su figura literaria. Y me dió la callada por respuesta. Con motivo del envío de un ejemplar de la «separata» sobre mi Reyes Huertas, insistí en mi anterior deseo. Vióse obligado a darme las gracias y añadía por su parte:

«Respecto a la sugerencia que usted me hace por segunda vez de que permita que su pluma me retrate, se lo agradezco muy vivamente. Pero no acepto y no lo hago por humildad, sino todo lo contrario: por soberbia. Me aterra el ridículo. Porque he venido haciendo toda mi vida sin darme cuenta. Yo no tengo para ello el relieve necesario.

«Hace unos años, Mariano Encomienda, el Marqués de ese nombre, quiso publicar a su costa todas mis crónicas literarias, coleccionadas en un libro. Pero yo no conservo nada de lo que he escrito.

«No cejó por eso. Se fué a Madrid y vió a M. el cual le dijo que las encontraría en la colección de «Noticiero Extremeño», que creía existía en la Diputación de Badajoz.

«Pude reducirle alegando que aquellas crónicas fueron entonces

de transitoria actualidad y que ahora ya no la tendrían e iríamos a un fracaso.

«Pues *mutatis mutandi*, lo mismo ocurriría ahora con una semblanza literaria mía periodística. Y a lo mejor creerían que mi vanidad senil había facilitado ese empeño. Muchas gracias, pero nada más».

Respecto a su pergeño personal sólo sabemos que cuando era joven tenía un *recio cuerpo campesino*: «¡Como que pesaba ciento cuatro kilos! —dice Suárez Murillo—. Años después quedó el peso reducido a unos setenta y actualmente (su carta es de 1946) a poco más de sesenta. Lo *recio* y lo *campesino* ya no existen. El alma sí que aldeana, cosa que me congratula. Me gustan mucho las almas y los cuerpos lugareños y no me agradan los anémicos de las capitales».

Marcos vivió poco tiempo apartado de su terruño, fuera de los años de seminarista y de su estancia de sacerdote en Badajoz, desde donde volvió a esconderse pronto en su Almendralejo. El apego a la paz aldeana es potestativo de muchas personas que, aun a pesar de haber pasado años y años en la Corte, hállanse enraizadas al pueblo donde nacieron, como le sucede al pintor Hermoso del que Suárez Murillo nos hablará después.

Era el sacerdote espiritualmente de una gran sensibilidad, muy apegado a la gleba, y enemigo de las apariencias y vanidades de la vida social provinciana, como buen extremeño. Durante sus años de sacerdote en la capital tuvo que sufrir desasosiegos e inquietudes, no en el desempeño de sus deberes religiosos, sino en sus distracciones literarias en las que sus amigos envidiosos debieron cebarse hasta el punto de causarle daños irreparables.

El mismo confiesa su manera de ser tan emotiva lindando con la hiperestesia. Su amigo Monterrey le dedica en una ocasión elogios a sus magníficas condiciones de escritor a lo que le contesta: «A pesar de mi vejez, me han impresionado los piropos de su carta. Conservo un corazón femenino y excesivamente sentimental. Deploro el ser como soy y el tener que seguir siendo así siempre. Viejo, pobre y enfermo (1944) esos piropos no han despertado toda mi vanidad, pero han tenido para mí la suavidad de una caricia ¡que Dios se lo pague!».

«Respecto a mi abulia, pereza, etc., para la vida literaria, está usted en su juicio un poco desorientado.

«Decía doña Emilia Pardo Bazán que los eclesiásticos éramos escritores *maniatados*. Y yo añado que ni podemos ni debemos salirnos de la sotana».

Su íntima, su profunda religiosidad cristiana, corría pareja con su respeto y ciega obediencia a la autoridad eclesiástica. Sea cual fuere el motivo inmediato de su fuga, la causa verdadera de aquel inopinado retraimiento fué, ante todo y sobre todo, su manera de ser, su propio carácter encogido, cuitado, pusilánime; turbábase pensando en el qué dirán. No creo equivocarme asegurando que conociéndole en la intimidad se hubiese podido estudiar algunas facetas de «La timidez». Mucho se ha escrito sobre las complejidades de

las personas apocadas, interiores y, en este caso, recoletas; pero aún así hubiéramos podido aportar algún dato curioso a tal respecto.

Sé que estoy lastimando a sabiendas las fibras más delicadas de este buen sacerdote octogenario y lleno de achaques —fruto de nuestra vejez— pero sabrá perdonarme este deseo innato de aventar su nombre en recuerdo de nuestra juventud. Su obra, aunque breve, meritísima, está como él escondida en las viejas páginas de diarios y revistas y es necesario traerlas a la calle en un libro editado con sencillez y pulcritud. Ya lo quiso hacer inútilmente el Marqués de la Encarnación.

Pero no le perdono a este buen clérigo el no haberme facilitado sus «Crónicas» periodísticas por las incomodidades que me ha proporcionado el hacerme de algunas de ellas, ocultas como el autor, en algún tomo de la colección encuadrada del *Noticiero*, tan difíciles de manejar a mis años, como los libros cantorales de Guadalupe. Y aún así y todo he sentido no haber dado con todas.

#### LOS JUICIOS CRITICOS DE SUAREZ MURILLO

Marcos Suárez Murillo es un crítico de arte, y especialmente de literatura bien documentado y muy personal en sus juicios. Monterrey publicó por entonces sus «Medallones», una colección de sonetos con las semblanzas de literatos y artistas extremeños. Con tal motivo, Suárez escribía al poeta: «*Medallones* me resulta un libro acabadísimo. La dedicatoria que Vd. me hace del libro, me ha tenido aturdido unos cuantos días. Ha sido para mí una grata emoción, pero demasiado fuerte. Pido a Dios N. S. que no me conozca Vd. nunca de cerca, para que no sufra un desengaño más fuerte aún que esa emoción mía. El propósito que he sacado después de leerla, es hacerme digno de ella, con mayores esfuerzos que hasta aquí, para ser santo.

«La lectura de los retratos ha removido en mi alma innumerables recuerdos de mi vida, que no es corta, (1946) de tiempos, de personas, de lugares, de ambientes; la impresión, triste y grata a la vez, que experimentamos al recorrer las crujiás del cementerio, en donde duermen su sueño seres inolvidables, que con nosotros convivieron y que se sumergieron en los misterios de la eternidad, sin que respondan ya a nuestros llamamientos y a nuestros reclamos».

Al final de esta carta pone esta receta tan personal y graciosa Marcos Suárez Murillo: «Cuando me escriba —le dice a Monterrey— no me ponga en el sobre *ilustre escritor*, porque el cartero, cuando me entrega las cartas me mira de arriba a abajo, como diciendo ¿en dónde y de qué escribirá este cura suelto?. Y el cartero es, por añadidura, un poeta regular».

Se suceden en este brevisimo epistolario elogios a la obra poética de Monterrey: «Siempre que leo algo de Vd. —le dice— procuro buscar entronque a su inspiración en la poesía general española y no se lo encuentro. No se parece Vd. a nadie. Tiene Vd. fisonomía propia. Tienen sus composiciones el tono melódico de la poesía

portuguesa y en algunas, sobre todo, encuentro reminiscencia de las ternuras de Selgas».

En otra carta añade: «Vd. es un poeta fácil e inspiradísimo; de una ternura y de un sentimiento lírico tan fino y tan delicado que sus versos parecen salir de un alma de mujer. Son aterciopeladas sus estrofas y de una suavidad de sonoridades tan melodiosas, que acarician dulcemente.

«Vd. no ha culminado en la poesía nacional por falta de una preparación literaria adecuada; de una preparación por lo menos humanística, ordenada y metódica, como la que se recibe en las aulas.

«Las circunstancias de su vida lo impidieron. Por eso no ha podido Vd. tener arrestos de poeta épico, aunque le sobra temperamento para ello. Se ha tenido Vd. que limitar al campo de la lírica. Tiene Vd., sin embargo, marca propia. Ha sido Vd. uno de los pocos que no se dejaron influenciar por el estilo y los modos de Gabriel y Galán, a pesar de haber vivido en su tiempo. Esto sí que tiene mérito».

#### SOBRE ANTONIO REYES HUERTAS

Quando escribimos nuestros apuntes crítico-biográficos sobre el novelista de Campanario decíamos al terminar uno de los capítulos: «Falta recoger los juicios críticos tan ponderados y valiosísimos de los escritores regionales, como José Lopez Prudencio, Pedro Romero Mendoza, Marcos Suárez Murillo, Arturo Gazul, Antonio Manzano Garías y otros». No disponíamos entonces de las cartas de nuestro sacerdote de Almendralejo a Monterrey que en estos momentos poseemos.

El poeta solicitaba del clérigo semblanzas de los modelos de sus «Medallones» a lo que replicaba Suárez Murillo: «Esas semblanzas que usted me pide, si han de ser verídicas y sinceras, hay que decir en ellas lo mismo las virtudes que los defectos, claro es, en el terreno puramente literario y artístico. Y habría que herir a los que viven y a los familiares de los muertos. Suscribe la frase de L. Prudencio: «el bullir de lo presente, con las impurezas de las disputas de los hombres, no deja libertad al cincel para dar a los rasgos de las figuras la inexorable exactitud que necesitan».

«Por eso para hacer esas semblanzas tendría que salirme de mi sotana. El Apóstol San Pablo nos dice a los sacerdotes que «no demos a nadie motivo de ofensa, para que nuestro ministerio no sufra menosprecio».

«Y recordar a usted también aquellas frases tan hermosas de don Quijote en la sobremesa del Duque, dirigidas al Capellán de la casa, que tan gravemente le ha injuriado: «los eclesiásticos por lo mismo que no deben ser agraviados no deben ellos agraviar a nadie».

En tres lugares distintos de las cartas Suárez Murillo formula juicios críticos sobre la literatura regional de Reyes Huertas. El buen sacerdote era muy buen amigo del autor de «La Sangre de la

Raza» y se comunicaban sus impresiones literarias con una gran sinceridad. Es decir, que no le ocultó nunca a Reyes Huertas su disconformidad respecto al valor de los géneros artísticos que empleaba. A Suárez Murillo le placían más las «Estampas Campesinas» de Reyes Huertas que sus novelas, a las que señalaba algunos defectos que impedían su difusión, y así se lo repetía muchas veces. Veamos sus palabras a este respecto: «Y vamos ahora a nuestro querido Reyes Huertas. Reyes Huertas es un desorientado. No triunfará nunca en la novela con un triunfo definitivo indiscutible. Reyes Huertas no es más que un «cuadrista» insuperable de paisajes, tipos y costumbres extremeñas. Sus novelas no son más que soberbios cuadros regionales, engarzados en unos cuantos capítulos, con un dominio sorprendente del diálogo y un estilo demasiado recargado de imágenes, porque tiene un fondo nativo de poeta. Leyendo una de sus novelas están ya todas leídas. Leyendo los primeros capítulos está leída la novela. Le falta y le falla siempre la fábula. A fuerza de cultivar el género de estas últimas, «Lo que la arena grabó», «Luces de cristal»... ha conseguido superar algo a las anteriores. En la primera de éstas sobre todo. Una usted a esto la limpieza y la honradez de todos sus libros y esto le explicará la falta de estima en que le tienen sus paisanos».

«Le pasa lo que le pasó a Trueba, que fracasó en la novela, pero éste lo notó a tiempo y se dedicó a los cuentos que le immortalizaron. Pero de esto no logro yo vencer al buen Antonio. Cualquiera de sus estampas campesinas vale tanto como una de sus novelas».

En el mismo año de 1944 escribe a Monterrey el sacerdote, estas líneas sobre el autor de «Lo que la arena grabó».

«También a mí me gusta mucho Reyes Huertas. También leo todos sus libros. Pero no me gusta por lo que tiene de novelista, sino como pintor excelso de nuestros cuadros regionales. Es el Pereda extremeño. Pereda más que novelista fué orfebre de tipos, paisajes y costumbres montañesas. Cuando se salió de ahí y compuso «La Montáñez», fracasó ruidosamente».

«Es el Muñoz Pavón de Extremadura, como lo fuera de Andalucía el autor de «Paco Góngora».

«Novelista Alarcón y novelas las que se aproximen a las suyas».

«La Sangre de la Raza» es una brillantísima colección de costumbres extremeñas. Tiene un solo lunar, un plagio de Gabriel y Galán cuando reproduce «Mi Vaquerillo» del cantor de Guijo. Esto no me lo pudo él atenuar, cuando personalmente se lo dije.

«En «Lo que la arena grabó»... La primera mitad de esa novela resulta monótona y fatigosa, en la segunda adquiere realmente el vuelo de novela grande».

Y por último Marcos Suárez Murillo en el año de 1952 vuelve a insistir sobre el tema Reyes Huertas a raíz de su muerte:

«Es verdad que somos viejos y que la melancolía es nuestro pesar. Vivimos de recuerdos, pero, como dijo nuestro llorado Reyes Huertas, la melancolía es el perfume de los recuerdos. Los jóvenes pueden morir, pero nosotros podemos vivir».

«El homenaje a Reyes Huertas fué tardío, pobre y vulgar porque debió hacerse hace treinta años cuando lo propuso Arqueros... Reyes Huertas merece una gran estatua en un Badajoz, como la tiene Pereda en Santander. Así se lo dije a él mismo.

«La pena respecto a Reyes Huertas es que se haya muerto sin publicar coleccionadas sus estampas. Hasta su muerte estuve insistiendo con él sobre esto. Después de muerto he interesado lo mismo de Andrés Calderón. Me dice éste que Reyes en su viaje a Madrid perdió una maleta con casi todos ellas. Parece que su yerno trata de rebuscar las que puede y publicarlas coleccionadas.

«Las estampas es lo mejor de Reyes Huertas. Reyes Huertas fué siempre más poeta que novelista. Por la poesía comenzó sus primeros años. Y sus novelas más que novelas son bellísimos poemas, cantando paisajes, tipos, costumbres... Sólo «Lo que la arena grabó» tiene gran intensidad dramática, así como «Luces de cristal» la tiene de fina «sofosine» ática. En sus «Estampas» está a la altura de los andaluces Pemán, Muñoz Pavón y Rodríguez Marín. ¡Qué lástima que se pierdan!»

Como vemos los juicios críticos de Marcos Suárez Murillo revelan una personalidad literaria muy meritísima, aunque no estamos conformes con todas sus afirmaciones respecto a las novelas de Reyes Huertas. La obra de un escritor refleja su propia vida y la vida del autor de «La sangre de la raza» no tuvo las amplitudes, peripecias y actividades propicias a reflejarlas en las páginas de un novelista. Su primera juventud se desenvolvió en las aulas perfumadas de incienso del Seminario de San Antón de Badajoz. Lugar propicio para su formación espiritual profundamente religiosa y su preparación humanística, que tanto le valió después para las expresiones literarias.

Después sucedieron años de un vivir azacanedo, de duras anochecidas y veladas, atado al yunque de la prensa diaria y provincial agotadora. Y unido a ello las inquietudes de una vida familiar de prole numerosa. En estas condiciones, llama la atención el poderoso talento de novelista que poseía Reyes Huertas para crear tipos y personajes, tramas, paisajes y costumbres que conocía. Le era casi imposible con tales grilletes y limitaciones, moverse con la amplitud de los grandes maestros. Con las ataduras de una rigidez moral, con el solo conocimiento de su propia tierra, con el estudio de los únicos personajes que conociera y llevó al libro, realizó una labor de envergadura, una novelística regional, como el mismo José María Pereda.

Tan es así que Suárez Murillo, confiesa y reconoce que «Lo que la arena grabó», es una novela de empuje que «tiene gran intensidad dramática» y «Luces de cristal» es de un aticismo encantador.

Nosotros hemos dicho también, en otra ocasión, de acuerdo con el juicio crítico de Suárez Murillo que sus «Estampas campesinas» son magistrales y superan en la comparación—desafortunada—que hace el sacerdote respecto a Pemán, Muñoz Pavón y Rodríguez Marín.

## COVARSÍ Y HERMOSO

Otras de las figuras que interesan a Marcos Suárez Murillo, son las de los pintores extremeños: Adelardo Covarsí y Eugenio Hermoso. Por su peculiar temperamento artístico le impresionaba más, en general, la obra pictórica de Covarsí que la de Hermoso: «Y vamos ahora a Hermoso y Covarsí—le escribe a Monterrey— y aquí sí que me voy a confesar con usted. Me gustan mucho más los cuadros de Covarsí que los de Hermoso. Ante los de éste me deleito; ante los de Covarsí, me extasio. Esas lejanías, esos tipos, esos paisajes me emboban. No me avengo a perderlos de vista. Si tuviera dinero, tendría en mí el mejor cliente».

«Además, Covarsí ha consagrado toda su vida, sus actividades, a nuestra querida Extremadura. La ha recorrido mil veces para estudiar sus inmensos tesoros de arte y ha forjado en Badajoz una Escuela de Artes y Oficios que nos ha dado gran nombre.

«Fué una desatención... el no asociar a Covarsí en el homenaje a López Prudencio y a Hermoso. Fué una descortesía imperdonable. Es además un magnífico escritor.

«Así pienso yo. Acaso soy un equivocado en todos estos juicios, que le he dado. Pero digo aquello de Musset; mi vaso es pequeño, pero bebo el agua de mi vaso».

En otra carta vuelve a insistir en sus apreciaciones respecto a la manera de ser del pintor de Badajoz, y bien supo calarlo en su intimidad al observar las bondades y modestias de Covarsí:

«Amigo Monterrey: yo desde el día del homenaje a Hermoso, en que, según decía la prensa, el homenajeado iba acompañado de Covarsí, arriba y abajo, me formé de Covarsí el concepto de un hombre extraordinario.

«Pontífice de la pintura, tanto como lo pudiera ser Hermoso, aparecía a su lado como modesto caudatario. Y yo me dije: Covarsí debe ser humilde en grado heroico; en materia de modestia, debe ser un superdotado... en fin una persona canonizable. Desde entonces no sé si lo admiro más como pintor o lo venero como a un ícono.

«Por eso le decía en mi carta, el otro día, que no quería conocerlo personalmente. No quiero conocer, si la tiene, su parte humana. Quiero que siga dentro de mí, como una de esas pocas idealidades, que hacen amable la vida y nos la hacen por lo mismo, más llevadera».

En otro lugar y refiriéndose al mismo tema el buen sacerdote añade:

«Saludé a Covarsí. Tengo sobre mi mesa la colección de sus cuadros y es para mí un verdadero *requies animae*, descanso del espíritu. Hace pocos días estubo a verme un aristócrata andaluz, don Carlos Halcón. Al ver la colección me dijo textualmente: «conozco los cuadros de Covarsí. Son preciosos. A ver si tiene usted ahí los de los caballos blancos... los *casadores* teníamos que tributarle algún homenaje y levantarle un monumento ¿Y esos perros?...»

«Y es verdad. Yo creo mientras más los miro, que estos cuadros lograrán ser inmortales. La gloria de Covarsí va a ser más grande

después de su muerte, y su nombre ha de ocupar lugar muy destacado en la historia de la pintura española».

No se olvida Suárez Murillo en todas sus cartas del pintor de Badajoz:

«Salude a Covarsí. El cuadro, de que usted me habla, no es el definitivo. Todos los cuadros de Covarsí han sido definitivos. Desde el primero hasta el último. Le pasa lo que le pasaba a Menéndez Pelayo en materias literarias. Todos sus libros fueron definitivos. Desde el primero que escribió, cuando apenas le apuntaba el bozo. El parecido de su padre con Carlos de Gante no me extraña. Lo conocí personalmente: Era muy popular entre los seminaristas de mi época. Realmente su barbilla saliente y sus facciones recogidas y secas, le daban el perfil enjuto de los primeros austrias».

En el mismo año 44 conoció Murillo a Covarsí, no personalmente si no por escrito:

«Diga a don Adelardo Covarsí que recibí su carta y el anuncio del envío de su libro, que leeré con mucho gusto. Después le escribiré despacio. No lo hago de momento porque voy a hacer ocho días de Ejercicios espirituales en retiro y estoy ya con los preparativos. Tenga esta sola como acuse de recibo».

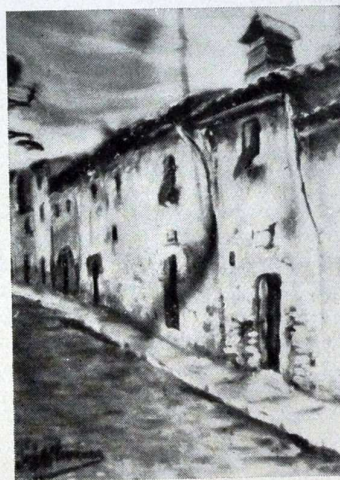
Por último, el año 52, escribe Marcos Suarez Murillo a Monterrey unas líneas recordando a Covarsí después de su fallecimiento. Hubiéramos querido conocer al menos la carta que debió escribirle el sacerdote a Covarsí después de la lectura de su libro que debía ser su viaje por Italia.

«Otra figura inolvidable será siempre para nosotros Covarsí. En el futuro homenaje, más que estudiarle y ensalzarle como pintor, en eso ya es popularísimo, sería imperdonable que no se le destacara como escritor paisajista. Yo pienso muchas veces, que describía mejor escribiendo que pintando. Los campos de la Serena los describió en cierto sentido mejor que Reyes Huertas». En la *Revista del Centro de Estudios Extremeños* están aquellas maravillosas líneas de Covarsí dibujándolos sublimemente.

#### EL CRITICO Y EL POETA MONTERREY

Releíamos, ahora, el prólogo que puso Marcos Suárez Murillo al libro de poesías «Palabras líricas» de Manuel Monterrey; sus juicios son los más exactos que hemos conocido respecto a la obra de este poeta. Ni la petición solicitada del trabajo por parte del autor, ni su amistad, ni otra clase de consideraciones, le impiden elogiar como se merecen los versos de Monterrey: «Es un verdadero poeta—dice—un poeta de inspiración mimosa y delicada. El es sencillamente un lírico, como los de Grecia a lo Fray Luis de León, y nada más. No se parece a los demás que es precisamente el mejor distintivo del poeta lírico».

No llega Suárez Murillo a un prologuista amigo que al querer ensalzar al autor cuya era la obra, le niega el pan y el agua, sacándole a relucir cuantas materias ignoraba: —No conoce el griego—le



NUESTROS ARTISTAS.—1.<sup>a</sup>: Calle de Villalobos, de Cáceres, 2.<sup>a</sup>: Calle de Urgel; y 3.<sup>a</sup>: Bodegón, por José Antonio Navarro, Segundo Premio de Honor de la Excelentísima Diputación Provincial de Cáceres, en la X Exposición de Arte, organizada por Educación y Descanso. (Foto Arribas)

decía—no sabe latín. Ignora la cartografía, etc., etc. Pero sin alcanzar las lindes de Aristarco, asegura que Monterrey «nos da siempre las mismas sensaciones; se nota en sus versos un hábito mecánico en palabras y en imágenes, sustantivos que llevan análogo adjetivo, verbos acompañados de análogos adverbios. Monterrey es un rosal que da siempre las mismas rosas, pero siempre perfumadas y brillantes.

«Lo que yo no he podido explicarme todavía porque Monterrey resulta siempre un lírico tan triste. Porque realmente parece un otoño perpetuo. No creo yo que tenga motivo para mostrarse, tan elegiaco, tan dolorido de la vida, ni que un poeta tan robusto tenga necesidad de buscar en el dolor y en la tristeza un recurso poético, que a veces le hace monótono».

«Yo no creo que a Monterrey la angustia del vivir le oprime, como oprimía a nuestros místicos. Dicen los que le conocen que su alma es sencilla y apacible. Tampoco su melancolía será un síntoma patológico, porque él, que yo sepa, no está enfermo. Los reveses de su vida acaso no serán muchos».

Sin embargo, mi amigo Monterrey, mejor dicho, su alma de poeta soñadora no se avenía a medir tiempo y sueños al tic-tac de sus relojes en la tienda del campo de San Juan, donde pasó trabajando toda su vida. Tal vez pensará que su espíritu de artista hubiera gozado más en plena libertad y al sentirse preso, llorará su desventura. También sufrió en sus amores familiares, ya que Dios no le dió hijos y su mujer estuvo enferma durante muchos años. Tal vez el prologuista de haber conocido a fondo estos sucesos y el carácter de por sí melancólico del poeta, hubiese comprendido sus tristezas.

Este «Prólogo» de Marcos Suárez Murillo admirablemente escrito y concebido en medio de aquellas renovaciones modernistas que nos seducían, demuestra sus magníficas cualidades de crítico literario a la altura de los discípulos de Menéndez y Pelayo que escaseaban en toda la Península.

#### JOSE LOPEZ PRUDENCIO

El jueves 20 de Septiembre de 1917, Marcos Suárez Murillo escribía una «Crónica» sobre «Literatura Regional». Citaba de pasada varias obras de autores regionales, entre ellas: «En el pueblo dormido» de don Rodrigo Vargas Zúñiga. «Escuelas de sindicatos», del señor Cura de Los Santos. Esperaba una obra de Jesús Rincón Jiménez titulada «Memorial Oliventino» y la novela en preparación «Paúl y Nieva» del ilustrado sacerdote Sr. Manzano Garías, de la cual *Noticiero Extremeño* había adelantado algunos retazos muy brillantes.

Pero el trabajo crítico de don Marcos iba dirigido contra el «Vargüeno de saudades» de J. López Prudencio que vió la luz por entonces. Los elogios al escritor, al catedrático, al periodista, al investigador histórico, son francos y decididos. Pero cuando va desmenuzando este libro que según él «es muy difícil catalogar en ninguno de los géneros literarios que marca la preceptiva clásica»

surgen defectos que el crítico señala sañudamente y a veces con manifiesta injusticia.

Suárez Murillo se hace eco de algunos señores de Villalba de los Barros—donde se desarrollan episodios del *Vargueño*—quejosos de haberse vistos retratados por la ilustre pluma del escritor. El crítico recoge tal proceder entre los escritores que realizan estos retratos sin deshonrar ni perjudicar a los modelos, considerando el hecho como una imprudencia.

Para el crítico «Vargueño de saudades» no encierra más que «motivos sencillos de acuarela, cuadros, que quieren ser ingenuos, de vida lugareña, sencilla, patriarcal, y en ocasiones trágica; asuntos pueblerinos, de una ligera sensación estética, sin conexión profunda, sin trama, que los funda y unifique, sin ese colorido fuerte de la tierra, que daba a los suyos Javier Sancho, constituyen un libro inofensivo que no justifica el enojo de los amigos villalbenses y que con clave o sin ella, resulta, si acaso, una loa inocentísima de sus protagonistas, en ráfagas picarescas de entremés a costa de los personajes secundarios.

«Es indudable, sin embargo, que éste, aún con una intención plausible, al bosquejar su libro, no ha tenido el acierto de otras veces y ha incurrido en varios errores de técnica.

«Bien sabe Dios que sentiría rozar su personalidad literaria, pero he de decir sinceramente que no tiene él complejión de costumbrista, para lo cual le falta a mi juicio, el estilo suelto y ágil de los profesionales del diálogo, ni al parecer ha vivido más que de huésped la vida de la gleba, ni tiene siquiera por lo visto, el genio evocador del *intuyente* del terruño, ni habla su idioma nativo y sólo parece un *diletante* de la aldea, sensible todavía al silbo lejano de la flauta dionisiaca y al ritmo ateniense gracioso y espiritual de las canéforas helénicas.

«Un costumbrista regional, que llama *hamugas* a las jamugas típicas, que habla de aceñas en donde nadie conoce así a los molinos de harina ribereños y que se esfuerza por designar las cosas con nombres muy castellanos y castizos, pero aquí completamente desusados, carece de aquel diacriticismo indispensable para esta serie de pinturas. ¿Y qué hacer? Pues incurrir en un segundo error, buscando en paisajes exóticos los colores para pintar el clima propio, el suelo y la luz, la poesía toda del rincón provinciano.

«En vez de beber el agua de su aljibe, ha ido a beberla a Valle Inclán y ha imitado en su libro el léxico, los giros y las cadencias del melenudo merovingio, que si antes pudo calcar muy bien, como es sabido, sus mágicos escritos en el autor de «La Reliquia», el celebrador novelista portugués Eça de Queirós, fué porque Galicia y Portugal, aunque políticamente sean distintas, geográficamente se confunden, y si pudo recibir en la forma, las influencias de D'Annunzio, y en el fondo, las de Barbey d'Aurevilly, fué porque su temperamento de artista tan soberano como el suyo recoge y hace propias las palpitaciones más excelsas de pensadores y maestros.

«Pero no ha sido sólo en Valle Inclán en donde ha ido a libar las

mieles de su libro el señor López Prudencio. Ha sido también en el patriarca del humorismo psicológico y de la ironía quevedesca, que punza sin hacer sangre, ha sido en *Azorín*, cuyo espíritu sutil, inquieto, insinuante, *montaignesco*, guarda alguna analogía con el de don José López Prudencio. Y en esto sí que es un acierto *Vargueño de saudades*. Porque ¿quién no evoca en estos bonísimos don Santos Guzmán y don Silverio, don Alonso de Bolaños, don Tobalo y don Esteban a «Aquellos queridos, aquellos afables, aquellos discretísimos amigos de Criptana, don Pedro, don Victoriano, don Bernardo, don Antonio, don Jerónimo...» de quienes se ocupa Martínez Ruiz en «La Ruta de Don Quijote».

«Y es que la prosa de *Azorín* y sus figuras son bastante más humanas y más asequibles, por tanto, a la imitación legítima y a más regular aprendizaje.

«Si yo tuviera autoridad sobre su autor, le aconsejaría que volviera a sus labores histórico-literarias y a sus sátiras periodísticas que colgara la cítara tricorde y no volviera otra vez a estos pasados entusiasmos líricos».

La noble figura del presbítero Suárez Murillo desde Almendralejo al escribir esta recensión acerca del «Vargueño de saudades» de López Prudencio, adquiere un perfil *aristerquiano*. Es un vapuleo inmerecido hacia nuestro fraternal maestro y amigo. Sobre todo en la forma no se puede ser más severo. Porque en sus juicios y distingos—algunos a nuestro juicio exactos—aderezados con una apropiada erudición literaria, pudo envolverlos en suavidades y delicadezas estilísticas ya que esta ciencia la dominaba el censor. La prueba es que al pie de la «crónica» aparece una extensa nota de «Noticiero Extremeño» en la que se defiende al autor atacado con muy buenas razones. En ella aconseja al señor López Prudencio que cultive la novela, «porque en *Vargueño de saudades* pone de alto relieve lo mucho que de él se puede esperar en este género de literatura. Y por fortuna, para las letras regionales, insistió en tales tareas dando a la estampa otras obras de aquel mismo estilo tan peculiar suyo aún cuando hubiera sufrido influencias extrañas de las que pocos escritores se sustraen.

«Vargueño de saudades» sea cualquiera el género a que pertenezca (en último extremo, tendría más mérito que no perteneciera a ninguno de los que figuran en la preceptiva literaria, como las novelas de Unamuno) tiene un trasfondo poético de melancolía, tan íntimo y una forma expresiva tan personal—con todas las reminiscencias que se quieran—que constituye una de las obras literarias más intensa que se ha producido en estos tiempos en Extremadura. Y que todavía y por muchos años seguirá en pie como esos árboles centenarios de raíces profundas. Libro que hace soñar y meditar.

Hemos dado con otra «crónica» de Suárez Murillo interesante sobre lipsanología emeritense. Es un estudio de las sagradas reliquias que realizara el entonces arcipreste de Mérida don Juan José González y Gómez de Soto, escritor y publicista. Autor de un estudio sobre Nuestra Señora de Sopetrán, de estudios sobre cuestio-



nes obreras, sobre la historia de Mérida, que le mereció el nombramiento de correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Refiriéndose a este opúsculo Marcos Suárez Murillo lo ensalza por considerarlo como trabajito de vulgarización «sin encumbradas pretensiones» que puede servir de punto de partida para trabajos de más importancia.

#### COMENTARIOS A UNA CONVERSION

Con motivo de la conversión y vocación religiosa de la «famosísima tiple de opereta Mlle. Eva Lavallière», una de las figuras que más destacan en la escena francesa; decía Marcos Suárez en 1917 — contemporánea —, publicó una «crónica» en el «Noticiero Extremeño», con el título de «La dicha de creer».

Son tan interesantes los comentarios que hace Suárez a este respecto, que merecían publicarse completos.

«Nada realmente tan sugestivo en la conversión de Lavallière, como el momento inicial de su retorno a la gracia.

«Tuve que irme al campo a descansar, dice ella misma. En la aldehuela recibí la visita del párroco, que me dijo: —Espero señora, que el domingo asistirá al santo sacrificio de la misa. Me eché a reír. ¡Yo, la Lavallière, oyendo misa! Pues... fui. Y volví a ir jeso es todo! Entonces comenzó mi mudanza de vida.

«¡La misa de la aldea! —prosigue Marcos Suárez Murillo— ¡Los cultos sencillos de la parroquia lugareña removiéndome quizás en el corazón de la pecadora aquellos recuerdos lejanos, los días candorosos de la infancia, la evocación de la casita paterna, la mano de aquella madre creyente que la hacía doblar la rodilla y que ahora, por un atavismo extraño, le parecía sentir de nuevo sobre sus hombros, a la par que su sentimiento de suave misticismo llegaba a empañar sus ojos! ¡La iglesita campesina, la misma que en Francis James hizo revivir la fe del poeta...!»

Continúa en sus reflexiones sobre la gracia Suárez Murillo: «Pero, más que a morir, al claustro irá la Lavallière a aprender otra cosa; a aprender una ciencia, la más difícil de la vida, la ciencia de envejecer, la ciencia de todas las renunciaciones, la ciencia de mirar sin sobresalto el último recodo del camino, tras el cual esperamos una liberación definitiva; la ciencia de envejecer amando, de envejecer sin egoísmo, de envejecer sin miedo, vejez que valdrá entonces más que la misma juventud, porque conservando la frescura de esta última tendrá todavía en la tarde solemne de la vida no un arrebol de crepúsculo, sino púrpura de aurora, brillante y perdurable. *Senectus in misericordia úberi*».

Palabras que levantan el ánimo y dan vuelos al pensamiento. Maravillosa expresión que llega al alma del lector para reconfortarlo en las soledades frías de los años póstumos, tan difíciles de llevar con agradable serenidad. Expresión clara de un lenguaje castellano que hace vibrar el espíritu de nuestro clérigo cargado de esencias y de amores cristianos.

#### MUCHAS MAS CRONICAS

Por el año 1914 Marcos Suárez Murillo escribe y publica en el «Noticiero Extremeño» quince artículos sobre la labor social de D. Ezequiel Fernández Santana, el cura popular y activo de Los Santos. Creó D. Ezequiel veintidós instituciones que funcionaban en aquel pueblo con próspera vitalidad. Hombre de vasta cultura social. Espíritu de gran sacerdote; temperamento equilibrado y erudición de escritor, alcanzó fama y prestigio.

A beneficio de aquellas escuelas parroquiales de Los Santos, escribió Suárez Murillo un folleto con el título de «Extremadura y sus hombres» que prologó el Obispo electo de Barcelona Ilmo. Sr. Reig. Tan ilustre prelado dedica sendos elogios al cura de Los Santos y a Suárez Murillo.

Titulaba otra crónica «En la Prensa y en el Libro». En ella estudiaba el presbítero don Marcos, las causas de la indiferencia religiosa de la baja Extremadura con motivo de una Carta Pastoral del Sr. Obispo de esta diócesis.

En aquellas páginas literarias que la prensa de la ciudad dedicaba a enaltecer las fiestas religiosas, Suárez Murillo publicó un estudio literario titulado «El viejo nazareno» recordando la figura del Redentor en una imagen muy antigua en el trascoro del Convento a la que él rezaba desde niño: «Y mientras viva iré yo siempre a comtemplarle, iré a vivir con él la vida del recuerdo, evocando los días venturosos de la infancia, la augusta memoria de los seres que nos llevaron a rezarle, seres que ya reposan bajo los brazos de una cruz allá en el cementerio solitario».

*Recordando una visita* es otra de las crónicas perfectas que publicó Suárez Murillo a propósito de una visita al Manicomio de Mérida, reflexionando con unción religiosa sobre las causas sociales de la locura.

*Un libro de Barrés* era el título de una magnífica recensión sobre la obra de aquel escritor francés tan en boga entonces, «*La grande pitié des Églises de France*». «La voz del gran escritor ha resonado en la Francia de nuestros días como un eco lejano del gran vizconde de Chateaubriand avivando los rescoldos espirituales amontonados por la tercera república».

Contra el modernismo religioso, tan de moda en aquel tiempo, publicó una diatriba bajo el título de *El Abate Lemire*. Un ataque documentado a las doctrinas que predicaba el abate heterodoxo.

También dió a la estampa crónicas literarias referentes a obras teatrales que se estrenaban por entonces como «*La Malquerida*» de Jacinto Benavente. Compulsa y elogia el valor literario de algunas escenas; pero arremete contra los amores incestuosos, vituperables. «En el tercer acto se convierte en una obra ultrapagana inmoral e inverosímil por las fuerzas pasionales que allí triunfan».

Cuando apareció en Francia la novela «*Lazarina*» de Paul Bourget, en defensa del matrimonio religioso y de la divinización de la familia escribe un elogio encendido respecto al vínculo matrimonial.

*Glosas a un libro* es una manifestación de alabanzas y cariños hacia nuestro querido amigo Jesús Rincón Jiménez al aparecer su libro «Memorial Oliventino», en el que con un amor emocionante y un espíritu histórico reglado, acumula una serie de materiales para la historia de Olivenza, que tanta resonancia tuvo en la península ibérica.

Recoger aunque sólo de referencia toda la labor literaria de Marcos Suárez Murillo en aquellos años fecundos, sería una labor de titanes. Si además pretendiéramos discriminar su estudio, sólo la historia de la ciudad de Almendralejo, llenaríamos un número de esta benemérita Revista. Acentuamos sí, el valor literario de su obra trunca, especialmente su certero juicio crítico literario, su gusto artístico, sus fundamentos de gran historiador, su educación teológica y humanística, y su cultura. Y sobre todo la agilidad de su pluma que realizaba el valor de sus ideas y emociones con una prosa clásica y moderna, una prosa alada, sencilla y contundente, al mismo tiempo, que seducía.

ENRIQUE SEGURA



## Ideario Extremeño

No gastes el tiempo en definir, ni distinguir, ni hacer silogismos y discursos largos, averiguando cómo es, qué figura tiene, cómo está asentado o levantado, de qué color, a dónde moraba antes que criase el mundo, si fué hecho, y otras impertinencias a este talle, que distraen el alma y la embarazan y privan de los gustos interiores que tendría si solamente se ocupase en la consideración de la bondad deste su Padre, de su sabiduría, justicia, providencia, hermosura, misericordia y largueza.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES.

NUESTROS CLASICOS

## LA MAYA

(FRAGMENTO)

No tiene el sol mejor rayo,  
Ni de luz más bienhechora,  
Que el rayo aquél que colora  
La primer alba de Mayo.

Pues tanta vida y calor  
Sobre los campos derrama,  
Que apenas hay una rama  
Que no se convierta en flor.

Y es que Dios, desde su asiento,  
Con la aurora de ese día,  
Pródigo a la tierra envía  
Un átomo de su aliento.

Átomo de esencia tal  
Y de tan rica fragancia,  
Que siendo nueva substancia  
Y nuevo germen vital,

A su contacto fecundo  
Hierve la tierra, y parece  
Que se agita y se estremece  
Loco de placer el mundo.

La ciencia aquí, voto a bríos,  
Gritará que esto es quimera;  
Pero diga lo que quiera  
La altiva ciencia de Dios,

Yo pregunto: ¿Quién potente  
Mueve del mundo la bola?  
¿Quién enciende y arrebola  
La clara lumbre de Oriente?

¿Quién a la nube que ondea  
Con visos de rosa inflama?

¿Quién da al sol la eterna llama  
Con que las cumbres orea?

¿Quién de los montes desata  
La densa y pesada bruma,  
Y entre vellones de espuma  
Destrenza arroyos de plata?

¿Quién con alta potestad  
Y con vigor soberano,  
Ya refrena al Océano,  
Ya azota a la tempestad?

¿Quién, en fin, da movimiento  
A cuanto en el mundo cabe,  
Y anima la flor, el ave,  
El fuego, la mar y el viento?

Dios, cuyo excelso poder  
En todas partes se ostenta,  
Y a cuyo aliento fermenta  
Lo que ha sido y puede ser.

Dios, que con nieve encanece  
La sien del risco sombrío,  
Y acallando el son del río  
Entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad  
Envuelve a la noche umbría  
Y saca la luz del día  
De la densa oscuridad.

Así, cuando se desprende  
La esencia de Dios creadora  
Con la luz consoladora  
Que en el sol de Mayo enciende,